



[F. J. GÁLVEZ]

SUEÑOS DE MARENGO Y SANGRE



Primera edición: agosto de 2022

© Copyright de la obra: F. J. Gálvez

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-125103-4-8

Código ISBN digital: 978-84-125103-5-5

Depósito legal: B 3942-2022

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions

www.angelsfortunedititions.com www.angelsfortune.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

PRÓLOGO

Los sueños, ese espacio de tiempo en el que la mente se empecina en jugar con nosotros y con los recuerdos de nuestras vivencias. Cada noche nos asaltan sin pedir permiso y, lo que es peor, sin que podamos ser otra cosa que meros espectadores. Nunca sabremos cuál será esa historia que nos visitará, cuando cerramos los ojos buscando un descanso que creemos merecer, pero tampoco nos preocupa. Total, tan solo se trata de imágenes arrojadas en una coctelera que, después de ser debidamente agitadas por nuestro subconsciente, aparecen ante nosotros como si se tratasen de una realidad tan palpable como cierta.

Se han realizado demasiados estudios sobre estas efímeras ensoñaciones, y cada uno de ellos con una conclusión totalmente distinta y sujeta a la interpretación de quien la escucha.

El eterno dilema de si estas visiones tienen alguna relación con el futuro, el pasado, o con antiguos miedos, se ha quedado sin resolver, a pesar de los concienzudos esfuerzos de los gurús de turno de lo oculto.

Nadie con sentido común intentaría dominar esas escapadas nocturnas, pues con tan solo despertar nos vemos libres de las jugarretas en las que nuestra mente nos sumerge cada noche.

Los hay de varias clases: los divertidos, los amables, los imposibles y los violentos, aunque a estos últimos nos solemos referir como pesadillas.

Nuestro corazón se aboca a una carrera alocada, sin ser consciente de que se trata de historias ficticias. Él no dispone del raciocinio necesario para discernir sobre ellas y, después de todo, apenas tardamos en olvidar la maraña de imágenes que han surgido en un periodo de tiempo que desconocemos.

Pesadillas, esa variante del sueño de la que perfectamente podríamos prescindir, y que carecen de lógica alguna, por lo menos, no demostrada, y que no llegan a convertirse en una carga para el que las sufre, porque sus efectos se van en el instante en el que nuestros ojos se abren.

Pocas veces un sueño se vuelve repetitivo, y si lo hace no tiene por qué tener mayor trascendencia, pero el problema comienza cuando se resiste a salir de nuestra cabeza. Seguro que este no es tu caso, pero imagina a alguien a quien le es imposible deshacerse de una pesadilla cruel y siniestra, y en su desesperación encuentra a un personaje que le promete dominar sus sueños desde dentro. ¿Aceptarías hacer todo lo que te propusiese, a cambio de ese poder? ¿Seguro?

SOMBRAS

Existe el dolor espiritual y nunca hay que restarle importancia, sean cuales sean las causas que lo produzca, pero el dolor físico es una sensación a la que jamás nos acostumbramos.

Ella lleva sufriendo mucho tiempo un castigo que no comprende y que no cree merecer, pero hoy los acontecimientos se han precipitado, como una cascada maligna sobre un barranco tétrico.

Los dolores comenzaron hace apenas unas horas, y ha sido arrastrada, sin demostrar ni una miserable señal de piedad, a un lugar todavía más oscuro, que en el que ha tenido que malvivir los últimos nueve meses de su vida.

La mejor forma de aguantar el dolor es fijar la mente en el futuro, en lo que está por llegar después de ese sufrimiento, pero este no es su caso. A pesar del miedo y de la incertidumbre, cualquier madre resiste el martirio de las contracciones, pensando en que la llegada de un hijo al mundo le traerá tales bendiciones, que le harán olvidarse de que parte de sus entrañas tendrán que ser rasgadas para que esa criatura vea la luz, pero a ella eso no le sirve de ningún consuelo.

Ella ha acompañado a alguna de sus amigas antes de dar a luz en el hospital. Recuerda con añoranza la intensa luz de las habitaciones, que le resultaba tan molesta. Ahora pagaría con su vida por poder ver con claridad en esa especie de sala oscura y húmeda en la que se encuentra amarrada a una camilla con estructura metálica.

Desde su espalda le llega el parpadeo de un resplandor en el instante que siente la punzada ardiente de un pinchazo en el brazo, pero sea lo que sea lo que le han suministrado no tiene un efecto inmediato. La luz se acerca a ella y revive la imagen de lo que tuvo que sufrir hace nueve meses. Una capucha, unida a una capa, oculta bajo su sombra el rostro del individuo que porta una vela que está unida a un soporte largo metálico, pero por desgracia también alumbraba la despreciable sonrisa de la vieja que ha tenido que aguantar durante meses y que acaba de suministrarle algún tipo de droga. Odia tener que ver el rostro arrugado de esa mujer miserable, antes de contemplar el de la criatura que tiene que traer al mundo, pero las cosas no suceden como sería lo ideal. En su vida nada suele hacerlo.

El individuo de la túnica comienza un periplo alrededor de la sala prendiendo cada una de las velas que circundan esa especie de templo sacado de la Edad Media. Los guiños de las llamas surten de una luz amable y cálida a la estancia, pero la aparición de un ejército de túnicas acaba de un plumazo con ese instante de placidez imaginaria.

Los rostros ocultos bajo las sombras de sus capuchas se distribuyen flanqueando la cama, formando un círculo de ojos oscuros sin vida, que brillan con la vacilante luz de las velas. El encargado de iluminar la estancia culmina su trabajo encendiendo las velas de dos lámparas de araña, y abandona la sala tal y como llegó.

Otra contracción, y ha sido más fuerte que la última. Echa de menos unas manos amigas que la consuelen y la ayuden a sujetarse sobre la camilla, pero lo único que la aferra a esa estructura son unas correas que laceran sus manos y tobillos y que apenas le dejan moverse.

Tan solo se escuchan los murmullos confusos que surgen de los que portan las túnicas adornadas con una extraña cruz en la espalda, pero no tardan en sumirse en un silencio sepulcral, al hacer su aparición la persona que tanto temía volver a ver. Viste también con el mismo tipo de túnica, pero su capucha no puede impedir que ella reconozca el rostro del que un día juró quererla en la salud y en la enfermedad hasta que... posiblemente, hasta hoy.

Otra contracción le hace retorcerse en la camilla, y la vieja de piel macilenta ordena a dos de los encapuchados que accionen unas palancas adosadas a los lados de la cama, que hacen que las piernas de la mujer se alcen y se abran de par en par, dejando a la vista de todos los presentes las partes de su cuerpo que han sido profanadas por esa gentuza los últimos meses. El pudor no entra en esta ecuación de terror, lo que le produce verdadero pánico es la daga que está mostrando su esposo sobre un atril, y la amenaza de usarla según sea el sexo del neonato.

La vida se dirime muchas veces por un golpe de suerte a cara o cruz, pero en esta ocasión todo depende de si nace varón o mujer. Si nace niño, la criatura vivirá, pero si nace niña, la daga acabará con su vida. Podría estar forjándose conjeturas cargadas de ingenuidad al respecto, o imaginando la llegada heroica de alguien que venga a socorrerla, pero los dolores de las contracciones en lo único que le dejan pensar es en que su bebé quiere salir de dudas, tanto o más que ella.

La anciana no se anda con rodeos e introduce las dos manos en su entrepierna. Viendo la dificultad que eso entraña, pide un estilete a uno de los encapuchados y este lo saca de una especie de cofre de madera. Ni escalpelo, ni nada que se le parezca. Esa mujer despreciable parece haber saltado unos cuantos siglos hacia atrás y está haciendo su sucio trabajo, con una herramienta que bien pudiera estar sacada del mismo remoto lugar que los adornos de la sala.

La sangre brota por sus muslos y los cortes deben ser dolorosos, pero la droga está haciendo efecto y apenas nota un hormigueo, cuando sus carnes se abren al ser rasgadas por el acero afilado.

Se le cierran los ojos, apenas puede abrirlos, pero necesita saber cuál es el sexo del bebé. Desea que nazca varón y que viva, aunque eso implique que en ese caso ella tenga que morir. Nota forcejeos dentro de su ser, y al instante se siente vacía. En ese momento abre apenas los ojos

para ver en brazos de la vieja a su bebé. Antes de que pueda ver el sexo, la anciana lo envuelve en una mantita. A ella le gustaría tenerlo un momento en su regazo, pero apenas puede emitir una palabra para convencerles de que muestren algo de piedad.

Su esposo espera en el atril, mientras la anciana cruza el salón entre los individuos de las capuchas. Antes de llegar, la vieja deja caer la mantita al suelo y cogiendo por debajo de los brazos al bebé lo alza ante la mirada diabólica del hombre y dice las palabras que la desgraciada parturienta jamás habría querido escuchar: «Es una niña».

Ella se sobresalta en la camilla, al escuchar el golpe que su esposo da sobre el atril. Sabe que todo está perdido, pero por alguna razón, quizás por la droga que le han suministrado, en su fuero más interno comienza a dibujar un boceto de esperanza, que se queda inacabado cuando su esposo agarra a su hija como si estuviese haciéndose cargo del despojo de un animal depositándolo encima del atril.

Su cabeza no puede más. La droga le aconseja al oído de forma dulce que cierre los ojos y que asuma lo que tenga que ocurrir, pero necesita ver lo que van a hacer con la criatura que lleva sintiendo dentro de su ser desde hace nueve meses y que se había convertido en la única compañía leal durante su encierro.

Tras aguantar la verborrea ininteligible de su esposo, acompañada de rezos y de una parafernalia que le gustaría no haber visto ni escuchado nunca, abrió lo que pudo sus pesados párpados para ver cómo el hombre al que conoció de joven estaba levantando el cuchillo afilado por encima de su cabeza. Sobre el atril, su niña apenas se mueve, pero un segundo antes de que la daga caiga sobre su diminuto corazón, cree ver cómo su carita se ha girado hacia ella y sus pequeños ojos se han abierto para mirarla antes de cerrarse para siempre. Lo último que puede ver, antes de que sus párpados sucumban a la droga, es el atril cubierto de la sangre de un ser inocente y la sonrisa macabra de la vieja comadrona.



ACERCA DEL AUTOR

Tras el éxito alcanzado con su ópera prima «Cuál es tu nombre», obra del año 2020, y «El reflejo de Amunet», obra del año 2021, el escritor F. J. Gálvez regresa al mundo literario con su nueva novela «Sueños de marengo y sangre», para disfrute de sus lectores.

Fiel al género del suspense, F. J. Gálvez nos adentra en una historia diferente, donde nos llevará de la mano, a través de la protagonista, a una pesadilla de la que todos queremos despertar.

«Hay pocas personas que no se sientan atraídas por conocer qué secretos se esconden detrás de sus sueños. Pero pocas podrán soportar las consecuencias que acarreará averiguarlo».